

Tipos de Aquí

VII

SI, PERO...

(Por José Sánchez-Arcilla)

YO no sé si a ustedes les pasará lo mismo que a mí, pero, en presencia de ciertos individuos, me siento capaz de rivalizar con «Monsieur de París» o con el mismísimo Barba Azul, en el caso poco probable de que el señor Gilles de Laval, barón de Rays, se decidiera a regresar a la tierra para volver a las andadas.

El hombre más santo se convierte en un asesino feroz cuando se tropieza con uno de esos caballeros que lo detienen a usted en la calle y le dicen:

—Chico, ¡qué traje más lindo!
¿Quién te lo cortó?

—Ramallo.

—Es precioso. ¡Qué tela! ¡Qué vista!
Pero las solapas no me gustan.

—Pues son el último grito de Londres.

—Tal vez; no te lo discuto; pero...

Y este pero, seguido por los inevitables puntos suspensivos, se le clava a usted en el corazón como una daga envenenada.

PERO... Esta palabra, esta sola palabra, es capaz de destruir una reputación, de echar a rodar el negocio mejor planteado y de mandar a la horca a un fraile franciscano — pongo por hombre inofensivo.

Las mujeres, sobre todo, utilizan el pero con maestría envidiable. Cuando se sienten eclipsadas por una rival peligrosa y no tienen más remedio que reconocer que es bella y elegante, dicen:

—Efectivamente, es una mujer muy linda y se viste como una reina. Tiene unos ojos maravillosos, una boca perfecta y un cuerpo de líneas seductoras. Es capaz de volver loco a cualquier hombre; PERO es una coqueta incorregible.

Bastó el pero, el abominable pero — palabra que debía ser suprimida del idioma castellano — para descalificar a la temible rival.

Con los hombres ocurre lo mismo. Cuando, casi a la fuerza, tienen que reconocer que Fulano es inteligente, hábil, simpático y culto, exclaman:

—Tiene usted razón, ese muchacho ha triunfado por su talento, su simpatía y su audacia. Llegaría muy lejos, porque tiene madera de dominador de voluntades. PERO es un vicioso empedernido: juega, bebe y se inyecta morfina.

¿Y qué importa que un hombre sea inteligente, hábil, simpático, arrojado y culto, si vive adherido al tapete verde, ingiere grandes dosis de «whiskey» y está embrutecido por la droga? El PERO hizo el milagro de borrar las buenas cualidades, sin negarlas.

El PERO es un arma de doble filo. Por eso es tan peligrosa. Porque, volviendo la oración por pasiva, podemos decir:

—Mengano es un idiota y un malvado; PERO es un buen hijo y un padre excelente.

En este caso, el PERO ejerce una función piadosa. Sin embargo, casi nadie lo utiliza en esta forma, entre otras razones porque casi nadie se siente con valor para defender a un semejante cuando se habla mal de él. Por regla general, cuando oímos alabar a una persona, procuramos cambiar de conversación, porque nos molestan los elogios dirigidos a otro; pero cuando se trata de hundirla en el fango, ayudamos a empujarla.

Para demostrar a mis lectores el poderío inmenso de un PERO voy a hacer una experiencia inmediata con esta misma croniquilla. Si un enemigo mío tiene que opinar sobre ella en presencia de dos o tres personas sensatas, dirá:

—¡Claro que está muy bien! Este hombre tiene la habilidad de decir todo lo que se le antoja. Escribe con soltura y elegancia. PERO no dice nada nuevo...

Y si es un amigo el que habla en un ambiente hostil para mí, se expresará en esta forma:

—Sí, no exageran ustedes. Es muy antipático y muy vanidoso; se cree que todo se lo merece y algo más. PERO escribe muy bien.

